FABULAS

LEON SIGÜENZA



León Sigüenza (salvadoreño 1895-1942); su única obra es FABULAS (presentada en nueva edición), en donde satiriza con habilidad ciertas costumbres del ambiente salvadoreño.

LEON SIGÜENZA

FABULAS



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.

Hecho el depósito
que marca la ley.

Primera edición
Talleres Gráficos Cisneros
San Salvador, 1942.

Segunda edición
Departamento Editorial
del Ministerio de Cultura
San Salvador, 1955.

Tercera edición
Dirección de Publicaciones
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1977.

Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
Pasaje Contreras 145, San Salvador,
El Salvador, Centro América.

INDICE

FABULAS

POESIAS

APENDICE

NOTA EDITORIAL

León Sigüenza (1895-1942) es el único escritor salvadoreño que ha cultivado la fábula, en donde valiéndose de elementos de nuestra realidad (frutas y animales) satiriza sobre ciertas costumbres de nuestro ambiente. Como característica del género, de sus FABULAS extrae enseñanzas morales de alcance universal; véase si no es así en su fábula de "La Caña y el Coco", por ejemplo; o desarrolla críticas muy sutiles como en la de "El Aguila y el Pato".

Gran parte de su vida la pasó el autor fuera de El Salvador, desempeñándose como diplomático en los Estados Unidos (1919-1923) y Japón (1927-1931). Posiblemente de su estada en el oriente bebió León Sigüenza parte de esa sutileza que destaca en su producción creativa.

FABULAS es su único libro. La Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación lo lanza de nuevo al mundo del lector salvadoreño y centroamericano.

DEDICATORIAS

I

EL REY Y EL VINOTERO

Cuentan que un Rey de España cierto día,
acompañado de su real consorte
y de toda la corte,
visitó una especial Vinotería.

Atiende el Vinotero al real cortejo
y a sus augustos visitantes ruega
bajen a la bodega
a probar un barril de vino añejo.

Bajaron a la cueva y el Monarca
—catador de renombre en la comarca—
quedó maravillado
de la bondad y calidad del vino
que con placer había paladeado,
y con frase galana
declaró que era el vino delicioso.

Felicita después de buena gana
al dueño de aquel mosto tan famoso
y en sus rústicas manos deposita
un valioso y magnífico topacio
como recuerdo de su real visita,
y con su hueste regresó a Palacio.

Pero antes de partir, el Vinotero,
—que había sido humilde a toda prueba—
le dijo entonces de arrogancia lleno:
—Majestad: ha catado un vino bueno
pero tengo mejores en la cueva.
El Rey le contestó con ironía:
—Guárdalos bien para ocasión mejor.
Si el Rey que era su único Señor
no merecía semejante honor,
¿quién lo merecería?

Como yo soy un súbdito discreto
nacido en las espléndidas edades
donde reinan modernas Majestades,
le dedico este Libro con respeto:
al Rey, mi noble y bondadoso Padre
y a la Reina, mi Madre.

Ellos:

Doctor Antonio Sigüenza

Doña Margarita de Sigüenza.

II

A

ROSA, BERTA Y GUILLERMO

Fraternalmente.

III

A MI CIUDAD NATAL

¡Bella Cojutepeque
de calles asimétricas
donde ambulan espíritus gloriosos
y recuerdos pretéritos;
porque fuiste mi cuna y porque te amo,
dedico estos apólogos
a los manes heroicos de tus hijos,
a todos los coetáneos,
y también a las huestes esforzadas
que nazcan de tu vientre frutecido
en el turbión de los futuros años!

ISAGOGE

El género *Fábula* pertenece a la literatura de todas las edades. Puede decirse que apareció espontáneamente, como una forma de lenguaje, a la manera de la metáfora y el símil.

Dice La Fontaine que la moraleja constituye el espíritu de la Fábula, mientras el cuerpo está representado por la narración. Ambos elementos tienen su importancia propia e independiente. La ficción es susceptible de un desarrollo más o menos amplio; pero tiene que estar supeditada necesariamente a la lección que involucra.

La Fábula antigua, mucho más corta y sencilla que la moderna, nunca se despoja de su finalidad educativa. Para Fedro, todo lo que de ella se exige, es corregir los errores de los hombres. Los autores modernos, en verdad, se han apartado mucho de la simplicidad, de la ingenuidad de la Fábula antigua, si bien le han conservado sus vistas filosóficas.

Los orígenes de la Fábula se pierden en lo más remoto de los tiempos. La colección más antigua que se conoce es atribuida a cierto Pilpai, personaje indostánico que, a la fecha, se conceptúa como ficticio. Sea como fuere, dicha recopilación nos ha llegado a través de una traducción árabe del Siglo VIII de nuestra era.

Las fábulas llamadas *Indias*, proceden de un original

sánscrito, el *Pantchatantra*, obra compuesta para la educación de dos príncipes por el brahmán Vichnou Sarma, en una época remotísima que no ha sido posible determinar.

Los griegos consideraban como el fundador de la Fábula a Esopo, esclavo frigio o tracio que vivió en el Siglo VI a. de C. Sin embargo, ya en Hesíodo (Siglo VIII) se encuentra una, *El Ruiseñor y el Gavilán*, obra maestra de precisión y de vigor.

No se sabe a punto fijo cómo eran en su primitiva forma las fábulas de Esopo, que se conservaron inicialmente por tradición oral. Habiendo llegado hasta nosotros por obra de numerosos intermediarios, todo lo más que sabemos, es que se caracterizaban por la brevedad y precisión del relato, el acierto de la observación y la hábil adaptación de la moraleja al apólogo.

Felizmente, no reina la misma incertidumbre con respecto a Fedro, liberto de Augusto. Fedro supo justipreciar la importancia de su propio papel en la historia y evolución de la Fábula. Reconocía en Esopo al inventor, pero reivindicaba para sí el mérito de haber "pulido la materia griega en versos yámbicos". Antes de él, la Fábula se había mantenido como flotando en el aire. Con él, llegó a cristalizar en una forma definitiva.

En la Edad Media gozó Esopo de tanto auge —gracias a compilaciones latinas— que se daba a las colecciones de fábulas el nombre genérico de *isopetas*. La afición de esa época por la alegoría y la sátira, inspiró notables especímenes del género y provocó en Francia la eclosión de ese poema heroicómico que se llama *Roman de Renart*, obra colectiva que aventaja en ímpetu y grandeza la obra de Esopo y de Fedro, para alcanzar las características de la epopeya.

Durante el Renacimiento y épocas subsiguientes, diversos humanistas se han dedicado a traducir las fábulas de los antiguos, y literatos de todas las lenguas han hecho obra

original con diversa fortuna. Citemos, entre estos últimos, a los siguientes, que han conquistado bien merecido renombre:

Juan Ruiz (Arcipreste de Hita), Iriarte, Samaniego, Hartzenbusch, en España.

Fenelón, La Fontaine, Perrault, Florian, en Francia.

Gay, Johnson, Moore, en Inglaterra.

Bogdanowitch, Kriloc, en Rusia.

Lessing, Pfeffel, en Alemania.

En América no se pueden pasar en silencio los nombres de R. Pombo, García Goyena, R. Carrasquilla y Fray Matías Córdova, autor de *La Tentativa del León y el Exito de su Empresa*, obra que, por sus alientos, por su estilo y por su desarrollo, logra las proporciones del poema heroico.

La fábula es la manera más política de aconsejar a un tirano y de reprocharle sus faltas. Sobre este punto, Sir John Malcolm hace la siguiente observación en su "Historia de Persia". "Los persas gustaron de tales Fábulas y Apotegmas; y la razón es muy clara: donde la libertad no se conoce y el gobierno es despótico, aun el pensamiento debe velarse. Los oídos de un tirano no soportarían la verdad desnuda y el ingenio tiene que revelarse en una forma que al expresarla, sea tolerada". Confirmación de esto es el hecho de que Fedro y Esopo eran esclavos.

EL ESPEJO

Yo a ninguno retrato,
—dijo un espejo—
pero el que en mí se mire
verá su cuerpo.

Tal yo diría,
a todos los que lean
mis Fabulillas.

EL GUSANO DE SEDA Y EL CARACOL

El Gusano de Seda —mala prosa
que se convierte en verso por su brillo—
es un vil gusanillo
antes de transformarse en mariposa.

Uno de estos gusanos de importancia
fue amigo de un hermoso Caracol,
con quien tomaba el sol
en los primeros días de su infancia.

Pero al llegar la fecha en que trabaja
en el capullo de su propia seda,
el cual presto aboveda
sirviéndole de asilo y de mortaja,

se despidió del Caracol amigo
diciéndole: muy pronto nos veremos
y ya continuaremos
la sincera amistad a que me obligo.

El Gusano se trueca en mariposa
y al contemplar sus prodigiosas galas
y sentirse con alas,
emprendió una ascensión vertiginosa.

Posándose en los pétalos fragantes
y durmiendo en los cálices, solanas,
pasaban las semanas,
sin recordar, quizá, lo que fuera antes.

Gozando de esa vida venturosa
en que se liban mieles y alegría,
encontró cierto día
al viejo Caracol, sobre una rosa.

Muy contento le habló el Caracolillo
pero la mariposa afortunada
le corta y dice airada:
—A usted no le conozco, señor mío.

Contesta el Caracol: Yo sí, querido.
Te arrastrabas ayer, hoy tienes alas.
¡Y, a pesar de tus galas,
eres un gusanillo presumido!

¡Orgullo de gusano
tiene también el corazón humano!

EL PERRO Y EL GATO

La Señora Política tenía
un Perrillo faldero,
y un Gato zalamero,
a los que acariciaba todo el día.

Por razones que ignoro hasta la fecha,
cambia de domicilio
y busca en el exilio
una senda de luz menos estrecha.

Al compañero Gato dijo el Perro
antes de la partida:
—Nuestra suerte está unida
a la que tenga el Ama en el destierro.

El Gato le contesta: Yo no puedo
seguirla, caro amigo,
porque en verdad te digo
que soy fiel a la Casa. Aquí me quedo.

El mismo cuento exactamente pasa
en cuestiones morales
donde hay Perros leales
y Gatos que se quedan en su casa.

¿Cambia Doña Política de puesto?
El Perro no la deja
y con ella se aleja;
pero el Gato es leal al Presupuesto.

LA VIBORA Y EL ALACRAN

Con palabras de insólita ironía
una Víbora astuta a un Alacrán
de este modo decía:
—Si un pisotón me dan
muerdo inmediatamente al que me toca
y entonces por mi boca
segrego ese mortífero veneno
que inoculo en el hombre: es mi venganza.
Pero tú sólo dañas por dañar
(perdona mi confianza)
y porque sientes gusto con picar
esa epidermis tibia y delicada
del hombre que se pone a tus alcances.
Y si en ambos percances
los dos somos dañinos, tú eres peor,
puesto que yo que tengo entre la gente
una fama tan mala
creo que mi maldad nunca se iguala
a la tuya, que siempre diligente
picas por el extremo y das el frente.

El Alacrán entonces contestó:
—Pues lo que hago yo
siempre lo hacen los hombres de este tiempo

que se muestran amigos por delante,
y por detrás entierran un punzante
aguijón, por envidia o pasatiempo.

Quiero significar que los humanos
en esta tierra hermosa,
tiran piedras, esconden ambas manos,
y la cara la muestran amistosa.

EL RATON Y LA HORMIGA

Estábase un Ratón comiendo un queso
cuando una Hormiga cautelosamente
acércase sonriente
y le dice: Salúdote, ¡oh!, travieso
y ágil roedor, que esta alacena
antes repleta de excelentes cosas
la vas dejando sin comida buena
víctima de tus mañas alevosas.

El Ratón contestó: ¡Por vida mía!
A hipocresías pérfidas no acudas,
pues que si esta alacena está vacía,
convengamos primero en que me ayudas.

¿Y quiénes son peores enemigas
de aquellas golosinas delicadas
como dulces, compotas, mermeladas,
que ustedes las Hormigas?

Pero nadie confiesa sus pecados
y por salvarse del castigo extraño
siempre le echan la culpa al compañero
que tal vez es el que hace menos daño.

EL AGUILA Y EL PATO

El Aguila voló hacia el infinito
llevando entre sus alas poderosas
al venturoso Pato, favorito
sobre todas las cosas.

Viéndose tan arriba, el pobre Pato
sintió tener las alas muy ligeras,
y creyó el insensato
que él había volado a las esferas
de la región bellísima del cielo,
como un pájaro audaz que de este suelo
al levantarse hiende
el viento y lo domina a golpes de ala.

¡Esto les ha pasado
a muchos funcionarios insensatos,
que Aguilas se creyeron, siendo Patos!

LOS DOS BURROS

Caminaban dos Burros compañeros
contemplando los campos placenteros
y las magnificencias del paisaje
que ostentaba a sus plantas la cañada,
y allá, en el horizonte, la alborada
de sutil y magnífico ropaje.

Aquel que, de los dos, quiso el destino
que no llevara carga sobre el lomo,
interrumpía a ratos su camino,
daba corcovos sin ningún aplomo
y luego, rebuznando satisfecho,
avanzaba otro trecho.

En la abrupta montaña
estaba la cabaña
donde vivía un leñador, el dueño;
y en el día del cuento
el amo recibió con duro leño
al Burro que llegaba más contento.

Ya pasado aquel susto
de palos: —Hombre injusto—
le dijo el Burro de coraje lleno
—¿por qué me has apaleado en demasía?
No traigo carga ni el molesto freno
que me indica el deber de cada día.

El amo le contesta:
—Si subiendo la cuesta
y viniendo, por cierto, muy cargado,
hace ratos llegó tu compañero,
¿por qué, dime, sin carga te has tardado
cuando debiste de llegar primero?

Cargados de atenciones
y mil obligaciones
hay pobres estudiantes doctorados,
pero ante algunos "fósiles" discurro:
¡Hay ricos estudiantes rezagados
que merecen más palos que este Burro!

EL LEON Y LOS PERROS

Escuálida jauría
de Perros muertos de hambre
atacaron a un León;
¡Señor, si parecía
que lo iban hacer fiambre
en aquella ocasión!

De rudos dos zarpazos
rodó pronto sin vida
el Perro más audaz,
haciéndolo pedazos
con ansia fratricida
la jauría voraz.

Saciado su apetito,
el grupo temerario
dejó de ser feroz;
¡Pagaron su delito!:
hizo el León sanguinario
carnicería atroz.

¡Despertar las pasiones
de rencor y de hambre
de dañar sinrazón,
trae más desazones
que intentar hacer fiambre
con las carnes de un León!

EL HOMBRE, LA VACA Y LA TERNERA

Ordeñaron un día,
una Vaca lechera
y el negligente dueño
no le dio de mamar a la Ternera.

Los días subsiguientes
llenó siempre el "tarrito"
y tampoco le dio
de mamar a aquel pobre animalito.

Entonces la Ternera
enflaqueció, y de flaca
murióse al poco tiempo
secándose las ubres de la Vaca.

¡Sabed conciudadanos
que si sólo a ordeñar
el Amo se dedica,
a la pobre Ternera ha de matar!

La Ternera es el Pueblo,
la Vaca es el Erario
de nuestra amada Patria,
y el imprudente dueño: el Mandatario.

Deben ser los Gobiernos
justos y muy honrados
para que así progrese
el común bienestar de sus Mandados.

JUPITER Y EL TIGRE

Ante Júpiter llega
el Tigre sanguinario
diciéndole: —Señor,
ya no quiero ser malo.

Estoy arrepentido
de todos los estragos
que hice sobre la tierra
desde hace muchos años.

De ahora en adelante
juro que seré manso
porque son mis deseos
tener fama de santo.

Recortaré mis uñas
para no hacer más daño,
y serán mis colmillos
a la raíz cortados.

Pero ordenad al Hombre
que si me halla a su paso
no me quite la vida
porque ya no soy malo.

Decidle que me cuide
y mime con agrado,
y que me dé alimentos
como hace con el gato.

Júpiter le pregunta
después de examinarlo:
—¿Cuál es la edad que tienes?
—Ya tengo algunos años.

(Le contestó el felino
ciertamente extrañado
por aquella pregunta
que no venía al caso).

Entonces —dijo Júpiter
extendiendo la mano—
todo está comprendido:
eres un pobre anciano.

Te encuentras ya muy débil,
no puedes hacer daño,
y te has vuelto cobarde
para salir del paso.

Tienes miedo a la muerte
que da el fornido brazo
del hombre, tu enemigo,
que te busca por malo.

Y para sustraerte
de su terrible látigo,
el perdón de tus culpas
en el Cielo has buscado.

Pero yo te lo niego,
animal sanguinario,
porque es justo que pagues
todo el mal que has causado.

¡Oh, tunos, que a la enmienda
sois por la edad forzados,
recordad que los Cielos,
no perdonan malvados!

EL LOBO Y EL GATO

Cualquier necesidad en el malvado
es un peligro para el hombre honrado.

Qué frío más ingrato
el que hace, hermano Gato,
—le dijo el Lobo a Zapirón un día
mientras éste dormía
soñando en los ratones con arrobo.
Despierta Zapirón, se encrespa y bufa
y le dice subiéndose a la estufa:
—Hoy sí lo estoy sintiendo, hermano Lobo.

El Lobo le suplica:
—¡Oh! Baja, hermano Gato,
y ven conmigo a platicar un rato.
Pero éste le replica:
—Estás muy zalamero, mi querido,
y tu cariño, es la verdad, me choca,
porque nunca he creído
palabras dulces en hambrienta boca.

EL TIGRE Y EL CANARIO

—Sepa usted, señor mío,
que me vanaglorío
de que a su mismo lado
me tengan enjaulado—
le dijo un Tigre al pávido Canario
que también se encontraba prisionero
soportando ese mísero calvario
ni más ni menos como el Tigre fiero.

—Yo también, señor Tigre,
y mientras no peligre,
celebro que a su lado
me hayan colocado—
le contestó el Canario un poco serio.
Y luego le pregunta: Diga, amigo,
¿por qué es que nuestro pérfido enemigo
lo tiene en tan penoso cautiverio?

—Porque soy sanguinario:
(le contestó al Canario
el terrible felino).
Y sobre usted vecino,

¿cuál es la seria acusación que pesa
que lo tiene sumido en tal quebranto?
Y contestó el Canario con tristeza:
—A mí me tiene preso porque canto.

La vida, más o menos,
a todos nos da palos;
a los unos por malos
y a los otros por buenos.

EL CAZADOR Y LOS PERICOS

Un Cazador de bellas aves
—que ni recuerdo cómo se llama—
quería plumas finas y suaves
para el sombrero de una gran Dama.

Llega hasta el monte con municiones
buscando un ave de real plumaje,
y por exceso de precauciones
se oculta al punto tras un ramaje.

Pájaros Bobos pasan en tanto,
como Talapos y Clarineros,
pero sus plumas de poco encanto
no eran muy propias para sombreros.

Ya regresaba para su casa
cuando a lo lejos, vio que venía
una familia de aves que pasa
haciendo inútil algarabía.

Vaya —se dijo— no la he perdido
y no reniego de este mi viaje,
pues esas aves con tanto ruido,
no hay duda, tienen bello plumaje.

No tuvo límites su mudo asombro
cuando vio que eran sólo Pericos.
Colgó sus armas, levantó el hombro
y dijo riendo: ¡Plumones ricos!

Y dan tal chasco muchas revistas
y libros nuevos de pelagatos
que hacen gran ruido con sus conquistas
a fuerza de oro, bombos y platos.

EL LOBO Y LA VIEJA

(Tema de Esopo)

Buscando de comer un Lobo hambriento
llegó a cierto lugar donde vivían
una Vieja y dos niños que gemían
con lastimoso y plañidero acento.

La Vieja que los mira con arrobo
después que había musitado el credo
les dice así, para infundirles miedo:
—Si lloran más, voy a llamar al Lobo.

Juzgando que la Vieja cumpliría
eso de darle niños a su diente,
el Lobo se esperó pacientemente,
cuando oyó al poco rato que decía:
—Ya no lloren, el Lobo no ha venido
y si viniese le daremos muerte.
Notó el Lobo que todo era perdido
y se alejó diciendo de esta suerte:
En esta casa dicen una cosa
y verifican otra muy distinta.

Y con esto se pinta
esa fea costumbre deshonrosa
de hacer ofrecimientos lisonjeros
que no cumplen algunos caballeros.

EL SUNCHICHE Y EL ZOPILOTE

Dicen que analizada con paciencia
una gota de agua,
se forma fiel concepto de la fuente
de donde es tomada.

Y que si un rayo de la luz recoge
la barra prismática
en él se estudia el sol perfectamente
con pocas miradas.

Sobre el particular he formulado
una de mis fábulas,
que está para el asunto de que trato
como ni pintada.

Hallábase un Sunchiche entre unas piedras
do su nido estaba
y por un agujero la cabeza
un poco asomaba.

Un joven Zopilote con sardonia
se rió al divisarla.
Vaya —dijo— qué extraña y horrorosa
es esa tu calva.

Con ese cuerpo singular desnudo
de piel colorada,
se han de reír los animales todos
en tus propias barbas.

Contémplame y envidia mi plumaje
que parece capa,
que en el invierno rudo me guarece
del frío y del agua.

Pues mírame mi cuerpo, hermano mío,
(dijo el de la calva)
y verás si no soy un animal
de tu misma casta.

Solamente me has visto la cabeza
que es lisa y pelada,
y ya juzgas a toda mi persona
también desplumada.

Por una parte no se infiere el todo
ni se infiere nada,
pero esto, sobre todo, es aplicable
a obras literarias.

Pues es una verdad la que hoy repito,
aunque es muy trillada:
a ningún escritor se justiprecia
por una obra mala.

EL LEON, EL ZORRO Y LAS GALLINAS

Porque estaba cansado de contiendas
y ya nevaba su melena hirsuta
dispuso el León depositar las riendas
de su amplia autoridad de fuerza bruta.
Y para darle término al reinado
fue el Pueblo previamente convocado.

Afluyeron de toda la comarca
desde el simple ratón al elefante
y deciden nombrar nuevo monarca
para sustitución del abdicante,
que estaba allí, presente, preparado
para entregar las riendas del Estado.

Después de mil debates pertinentes
en que hablaron notables oradores,
ya ensalzando caudillos impacientes
o denigrando a varios contendores,
según dicen las notas de la historia
el Zorro fue el que obtuvo la victoria.

Mas fue el caso, Lector, que el nombramiento
las Gallinas se niegan a aceptarlo,
y le dicen al León con triste acento:

—Al Zorro como rey no hay que nombrarlo
porque teniendo garras asesinas
se acabará la casta de gallinas.

El Rey les contestó medio picado:
—Aunque el Zorro no sea vuestro rey
será vuestro enemigo declarado.
Gallinas para el Zorro, esa es la ley.
Si la suerte es la misma, amigas mías
¿a qué tantas inútiles porfías?

—Señor (dijeron ellas con disgusto),
si el Zorro es rey tendrá muchos amigos
quienes para adularlo hasta en su gusto
serán nuestros peores enemigos;
y si ahora tenemos sólo uno
mañana serán ciento de consuno.

Asombrada quedóse la Asamblea
de la penetración de las Gallinas
y pusieron en práctica esta idea
sacada de pretéritas doctrinas:
Designar para rey a quien el Hado
tuviera de enemigos sin cuidado.

Y es que ahora en política es corriente
que los aduladores y malvados
sean los enemigos declarados
de los que tiene o tenga un Presidente.
Y los tales por viles y perversos
merecen el azote de estos versos.

EL CANARIO Y EL TALAPO

—¿Y por qué tú no cantas?— le decía
un Canario a un Talapo que vivía
en jaula refulgente de puro oro
que valía un tesoro.

—Porque no puedo hacerlo y soy un *papo*
—de esta manera contestó el Talapo—
y además porque el dueño de esta jaula
sólo quiere lucirme, aunque soy *maula.*

Suspenso se quedó mi buen Canario
del gusto extravagante y ordinario
de aquel amo que en jaula tan vistosa
tuviese cualquier cosa.

Yo me quedo lo mismo cuando veo
que ocupan un empleo
en las altas esferas oficiales
soberbios animales.

EL JARDINERO Y LOS ZOMPOPOS

Era un hábil Jardinero
que solícito regaba
una planta que cuidaba
con particular esmero.
Cuando una tarde, un reguero
de Zompopos se adelanta
con la intención buena y santa
de pasar sobre la llena
pileta de agua serena
que rodeaba la planta.

Enorme fue la congoja
del Jardinero aludido
y tembló despavorido
como en el árbol la hoja
cuando vio la línea roja
de tanto Zompopo ingrato
que dentro de poco rato,
si lograban traspasar
el líquido valladar,
le darían un mal rato.

Mas qué inmensa no sería
su sorpresa y su contento
cuando oyó en ese momento

que un Zompopón le decía
a toda la compañía:
—Señores, echad pie atrás
pues no se podrá jamás
atacar aquí, por hoy,
y sepan que cuando doy
mi opinión, no hay quién dé más.

¡Oh!, y qué excelente fuera
que a los Críticos famosos
que hacen gala de celosos
algún Zompopón dijera:
—Señores, vuestra tijera
jamás cortará esta tela
porque es buena, y si recela
quien tal expresar me oyó,
sepa que lo digo yo
que tengo bastante escuela.

Pero el Sabio no se atreve
a aplaudir obras ajenas
porque tiene gran trabajo
en aplaudirse las propias
por lo que tienen de buenas.

EL LEON Y LA RANA

(Tema Esópico)

El arrogante rey de la montaña,
el de la crencha hirsuta, el León indiano,
con torva vista y expresión huraña
caminaba a la orilla de un pantano.

De repente vibró un extraño ruido,
(al León le pareció que era rugido
o baladro de un monstruo poderoso)
que cundió en la montaña adormitada,
despertando el temor del animoso
monarca de flamígera mirada.

La fiera ruge, salta entre el ramaje,
se detiene, investiga, husmea el suelo,
camina, retrocede con recelo,
sacude su melena con coraje
y se apresta a la lucha
rugiendo sordamente cuando escucha
que persiste aquel ruido de igual modo.
Camina y ve, sobre la verde lana
formada por el lodo,
a la ruidosa y miserable Rana.

El colérico León así decía:
—Si yo, el valiente, me he sobresaltado,
¿cómo habrán paladeado su agonía
los que tienen espíritu apocado?
¡Si vuelves a croar, Rana maldita,
de seguro el milagro se acredita!

Diciendo esto, el omnímodo monarca
dio un zarpazo violento, de tal suerte,
que a la Rana infelice le dio muerte,
tirando sus despojos a la charca.

Esos que espantan a la raza humana
con calumnias y chismes de esta clase,
¡cuidado no les pase
el triste fin de la parlera Rana!

EL GRILLO, LA CHICHARRA Y EL CHIQUIRIN

Un Grillo que se hallaba oyendo atentamente
el canto continuado de una joven Chicharra
decía de esta suerte: ¡Qué bello, qué imponente
es ese canto que la soledad desgarra
con esa sugestiva vibrancia poderosa,
como esas altas notas de un arco wagneriano
que rompieran la calma tranquila y majestuosa
de alguna nocturnancia del cálido verano.
¡Qué potencia de voz, qué giro tan sencillo,
qué nota tan aguda, qué largo ese crescendo,
qué incomparable canto, que yo que soy un Grillo
quizás no igualaría eso que estoy oyendo!

Aquel alabamiento escuchó un Chiquirín
y dijo con sardonia: Que el señor Grillo no hable
porque no es más que un necio y torpe parlanchín,
pues sepa que ese canto es malo y detestable.
Mas no me admira mucho que usted lo alabe tanto
porque el que nada sabe, lo poco cree bastante;
usted que se distingue por su pésimo canto
ha creído maestro al que ni es principiante.

Ahora digo yo: El fallo justo y bueno
no debe de esperarse de un sabio solamente,
que también el que es tonto que conozca el terreno
podrá justipreciar perfectísimamente.

También mi Fabulilla claramente delata
a los mediocres cuando se están echando flores
y son cada uno de ellos una soberbia lata
con humos ingeniosos de clásicos doctores.

EL LEON Y OTROS ANIMALES

Se encontraba un León en su caverna
rodeado de su esposa y de su tierna
prole, cuando llegaron a quejarse
algunos animales
de un Tigre que causaba tantos males
que debía sin tregua castigarse.

El omnímodo rey de aquellas bestias
habló de esta manera:
—Estoy bastante viejo, y las molestias
de una persecución a la carrera
mis piernas no permiten que las pruebe,
pues mis fuerzas decaen:
Vayan a capturarlo y me lo traen
que le castigaré como se debe.

Retiráronse al punto los quejosos
sin tener esperanza de un castigo
para el Tigre enemigo,
porque ellos eran débiles, miedosos,
como ninguno en la comarca fuera.

Eran, pues, los antílopes, venados,
corderos y gacelas, los dañados
por la felina saña marrullera.

¿Y quién captura al Tigre
sin que la vida del captor peligre?

Sin embargo los débiles rumiantes
no se dieron vencidos en la brega:
envenenan la fuente donde llega
el Tigre de miradas rutilantes,
quien al calmar la sed que le devora
rueda convulso al despuntar la aurora.
Libráronse por fin del enemigo
sin recurrir al León, que era su amigo.

Así procede la justicia hoy día
y por esta razón tantos humanos
se la administran con sus propias manos
cuando tienen un poco de osadía.

EL RATON CON CASCABEL

Acordaron un día los Ratones
tener un centinela que avisara
cuando el Gato de casa se acercara
a la bodega de sus provisiones,
la cual era por cierto la despensa.

Un Ratoncillo joven fue el nombrado
y como era avisado,
queriendo merecer la recompensa
con que se premia el concienzudo oficio,
tuvo una idea de feliz destello:
Dispuso atarse un cascabel al cuello
el cual haría el singular servicio
de un timbre que no atrasa
puesto que al huir, sin duda sonaría
y luego alarmaría
a todos los Ratones de la casa.

Y la dicha ocurrencia peregrina
de aquel timbre de alarma sin alambre
dio tan buen resultado en la cocina
que el pobre Gato se moría de hambre.

Eran, pues, los antílopes, venados,
corderos y gacelas, los dañados
por la felina saña marrullera.

¿Y quién captura al Tigre
sin que la vida del captor peligre?

Sin embargo los débiles rumiantes
no se dieron vencidos en la brega:
envenenan la fuente donde llega
el Tigre de miradas rutilantes,
quien al calmar la sed que le devora
rueda convulso al despuntar la aurora.
Libráronse por fin del enemigo
sin recurrir al León, que era su amigo.

Así procede la justicia hoy día
y por esta razón tantos humanos
se la administran con sus propias manos
cuando tienen un poco de osadía.

EL RATON CON CASCABEL

Acordaron un día los Ratones
tener un centinela que avisara
cuando el Gato de casa se acercara
a la bodega de sus provisiones,
la cual era por cierto la despensa.

Un Ratoncillo joven fue el nombrado
y como era avisado,
queriendo merecer la recompensa
con que se premia el concienzudo oficio,
tuvo una idea de feliz destello:
Dispuso atarse un cascabel al cuello
el cual haría el singular servicio
de un timbre que no atrasa
puesto que al huir, sin duda sonaría
y luego alarmaría
a todos los Ratones de la casa.

Y la dicha ocurrencia peregrina
de aquel timbre de alarma sin alambre
dio tan buen resultado en la cocina
que el pobre Gato se moría de hambre.

Pero en un largo y caviloso día
dispuso el Gato perseguir el ruido,
abrió los ojos, aguzó el oído
y averiguó la audaz superchería.

Forma su Plan. Se esconde con cautela
y después de dos días de paciencia
se merendó al astuto, al centinela
que tuvo la ocurrencia
de atarse cascabel tan novelero.

Ninguno se dio cuenta
del sangriento suceso carnicero
y como no escuchasen más el ruido
los otros Ratoncillos, muy confiados,
salieron luego por distintos lados
con bastante descuido.

Esto esperaba el Gato remilgado
y comenzó al instante la matanza
como justa venganza
de los largos ayunos que pasara.

Cuando la inexperiencia marca el paso
de una cualquiera empresa delicada,
al final se verá desorientada
marchando sin remedio hacia el fracaso.

LA ZORRA Y EL OSO

Dijo la Zorra al Oso
mientras danzaba:
¡Tienes mucho talento,
pero en las patas!

¡Cuántos humanos
su talento demuestran
bailando el tango!

EL LAGARTO, LA VIBORA Y EL SAPO

En una orilla del sereno Lempa
se asoleaba un Lagarto,
al cual mordió la sigilosa Víbora
viéndolo descuidado.

Convulso y tumefacto muere luego
el saurio, que era malo,
y a su cadáver se acercó al instante
un cauteloso Sapo.

Lo midió con la vista y así dijo:
—¡Metro y medio de largo!
¡Si yo fuera mordido, moriría
como herido de un rayo!

Pocos días después de este suceso
y en el mismo ribazo,
mordió al batracio la fatal culebra
no obstante su cuidado.

Y pasaron segundos y minutos,
días, meses y años,
sin que muriese de la picadura
el sorprendido Sapo.

¡Y se murió de viejo quien creía
morir envenenado!
A la ponzoña de la vil criatura
su cuerpo es refractario.

Y así como las Víboras no dañan
a los humildes Sapos,
las críticas acerbas no zahieren
a los justos y sabios.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Todo el verano la Cigarra canta
y durante el invierno
le pide a doña Hormiga, su vecina,
le dé algún alimento.

La previsora Hormiga se lo niega
diciendo más o menos:
—Si hubieses trabajado en el verano
tendrías un granero.

¿Cantaste en el verano? Ahora baila,
aunque pese a tu cuerpo,
porque el que no trabaja cuando debe
ha de vivir hambriento.

Esto cuentan Iriarte y La Fontaine,
fabulistas de peso,
tan sólo por dañar a la Cigarra
que es digna de respeto.

Y por desprestigiar a la citada
sus apólogos fueron,
a mi juicio, contrarios a la Hormiga
que vive en el descrédito.

Porque siendo la Hormiga laboriosa,
tendría más aprecio
si hubiese sido generosa y buena
con la amiga del cuento.

Y sobre el mismo tema de que trato,
veraz y justiciero,
voy a narrarles la siguiente fábula
que le aprendí a mi abuelo.

Era precisamente el mes de Agosto,
caluroso y molesto,
a la hora en que el sol evaporaba
la humedad del terreno;

a la hora en que innúmeros reptiles,
sitibundos insectos,
buscaban sobre mustias florecillas
algún líquido fresco,

cuando llegó la Hormiga jadeante
al tronco de un pepeto,
en cuyas ramas vive la Cigarra
después del crudo invierno.

—Buenas tardes, señora doña Hormiga,
verla buena celebro,
(le dijo atentamente la Cigarra
acercando un asiento).

—Vea, amiga (la Hormiga responde),
apurada me encuentro
y he venido a rogarle que me ayude
a salir del aprieto.

Usted con su barrena agujerea
los árboles del huerto
formando de este modo deliciosos
y amplios abrevaderos.

La tierra está reseca, el sol nos quema,
nos hallamos sedientos;
¿quiere usted darnos agua de algún pozo?,
la pagaré a buen precio.

—No cobro ni un pulgón, (le contestó
la Cigarra del cuento)
vengan todas ustedes a mi casa
que hallarán refrigerio.

Y momentos después, la turbamulta
de Hormigas y sedientos,
llegaron a la casa mencionada
buscando salvamento.

La Cigarra cantaba como siempre
y les salió al encuentro.
Dice: —Sean ustedes bienvenidas,
lléguense a mi aposento,

y mitiguen la sed en mi bodega
mientras yo aquí me quedo
cantando las canciones del verano
a la luz de los cielos.

Las hormigas entraron presurosas
hasta el abrevadero
y apagaron la sed que les causaba
indecible tormento.

Como vio la Cigarra que tardaban
entró a sus aposentos
y al entrar, las Hormigas la aprisionan;
después se la comieron.

Para tener por siempre asegurado
aquel abrevadero,
mataron a la dueña generosa
esos viles insectos.

Que con tal de saciar sus apetitos
olvidan los perversos
que al protector se le respeta siempre
con agradecimiento.

LA ZORRA Y LA MONA

(Tema de Esopo)

A la Zorra la Mona le decía:
—Querida hermana mía,
como tú tienes cola demasiada
que te sirve de estorbo y de zozobra,
te verías más libre y más holgada
si me dieses a mí lo que te sobra.

La Zorra contestó de mala gana:
—Nunca haré tal, hermana.
Si asentaderas lisas te dio el cielo,
(y lo dicho perdona)
prefiero que mi cola barra el suelo
a que oculte el trasero de una Mona.

Es en vano el sentido llamamiento
que hacen al opulento
aquellos que carecen de fortuna,
que aunque todo les sobra a los avaros,
le niegan algo al infeliz que ayuna.
¡Los deseados filántropos son raros!

LA OSTRA Y EL CARACOL

Dime, querida mía
(a la Ostra le dijo el Caracol)
¿has oído en mi concha tornasol
esa polifonía
que reproduce el eco de los mares
y el murmullo violento de las olas?

Te lo confieso a solas,
aunque no lo repares,
yo me siento orgulloso en sumo grado
de ser el portavoz del Océano
cuya voz no ha igualado
ningún sonido humano.

Y tú, Hermana Ostra, manifiesta
algo de tu misérrima existencia.
(La Ostra le contesta
con marcada obediencia):

—Mi vida nunca ha sido miserable
aunque parezca así viendo mi cara,
pues tengo algo estimable
como una piedra rara.

En el bello palacio en que he nacido
que luce un interior de madreperla
—como un cielo bruñido—,
estoy criando una perla.

Y dicen que es de todos apreciada,
que no es joya vulgar
y es de muchos llamada
Lágrimas de la Mar.

Es el caso que dicen las leyendas
que el mar tuvo una hija muy hermosa
que tenía cien prendas
a cual más primorosa.

Mas no era recatada ni era honesta.
Y es lo peor que su padre no trataba
de enseñarle a ser pura ni modesta,
antes bien, sus caprichos fomentaba.

Júpiter, al notar tal impudicia
en el mar aparece
dispuesto hacer justicia,
como el caso merece.

A Marina se lleva hacia el espacio
y quedó el mar desconsolado y triste
llorando en su palacio
las espumas que viste.

De esas blancas espumas dolorosas
han nacido las perlas que guardamos
en las conchas gloriosas
donde nos conservamos.

(El Caracol le dice convencido):
—Tal vez yo repercuto los sollozos
del mar cuando ha perdido
las perlas de sus ojos.

La perla es la virtud,
y procurad, oh niñas, conservarla
que si se pierde —así la juventud—
no se logra jamás recuperarla.

Y la maledicencia que critica
la pérdida de joya tan valiosa
es como el Caracol cuando publica
ese vago rumor que no reposa.

LOS DOS PERROS

Eran dos perros, cual más lanudo
que se tenían tal ojeriza,
que fue el motivo de las palizas
que les dio el amo, muy a menudo.

Y cierta tarde que se mordían
rabos, orejas, lomos y piernas,
hicieron públicas cosas internas
que por privadas no lo debían.

Tú el verdugo eres de los pichones
—dijo uno de ellos con timbre airado.
A lo que el otro responde, agriado:
Tú te has comido varios lechones.

En ese instante, por mala suerte,
llegaba el amo, con pasos largos,
y como oyese tan graves cargos
a los dos Perros les dio la muerte.

Hay animales que así les pasa
porque se olvidan de este consejo
que siempre es nuevo por ser tan viejo:
La ropa sucia se lava en casa.

EL CASTOR

Conociendo el Castor
que por sus genitales
que son medicinales
lo busca el Cazador,
ya cuando va de huida,
él mismo se los corta,
pues lo que más le importa
es salvarse la vida.
Y sólo de esta suerte
con astucia y dolor,
el infeliz Castor
se libra de la muerte.

Al cuerdo no intimida
un sacrificio cruento,
si así logra su intento
de conservar la vida.

EL LOBO Y EL CORDERILLO

En la vetusta almena de un Castillo
se hallaba un Corderillo
mirando con arrobo
la espléndida llanura
cubierta de verdura,
cuando acertó a pasar un fiero Lobo
cabe la alta muralla
que antaño fuera imán de la metralla.

Al ver el Corderillo a su enemigo
al través de un postigo,
se desató en dicterios
llamándole asesino;
pero estos improperios
el Lobo los oyó como el vecino
que haciendo poco caso al diario insulto
sabe escapar con altivez el bulto.

Después de aquella lluvia de baldones
y de duras razones
el Lobo se vengó de los denuestos
diciéndole al menguado del Castillo:
no eres tú quien me insulta, Corderillo,
sino el lugar en que el azar te ha puesto.

Y contoneando su figura esbelta
saludó al de la almena y dio la vuelta.

Lo que hizo el Corderillo no es extraño,
puesto que obró como cualquier persona
que al más fuerte enemigo no perdona
cuando puede a mansalva hacerle daño.

EL HOMBRE Y EL PERRO CONSEJERO

A un Hombre que marchaba descuidado
mordió en la pierna un Perro malhadado.

Buscando un pronto y eficaz remedio
estuvo justamente mes y medio.

Al fin dio con un sabio Perro viejo
y le pidió su rústico consejo.

Le dice éste: Si quieres estar bueno
es menester que cumplas lo que ordeno.

Moja un pan con la sangre de tu herida
y dáselo al mastín de la mordida.

—Si tal hiciere (el hombre le contesta)
tendría siempre una mordida fresca.

Porque entonces los Perros del poblado
me morderían, ¡ay! por el bocado.

Pierde su pan y cuando no la pierna
aquel que por consejos se gobierna.

LOS DOS AMIGOS

Juan y Gonzalo, que vivían juntos
fueron llamados por su tío ausente
para que a la ciudad, urgentemente,
fuesen a compulsar ciertos asuntos.

Gonzalo ensilla su fogoso bayo
y parte como un rayo.

Juan, para dirigirse a su destino,
un par de bueyes unce a su carreta,
se sienta al tronco del timón y reta
al cansancio, al calor y mal camino.

La bestia de Gonzalo se detuvo
cuando cansada estuvo.

Pero él no da importancia al incidente,
se baja del corcel y no se altera,
pues sigue su camino a la carrera
devorando distancias velozmente.

Mas también cayó al suelo desmayado,
sudoroso y cansado.

Y llegó Juan al sitio del fracaso.
A Gonzalo recoge diligente,
lo sube a la carreta suavemente
y siguió su camino, paso a paso.

Es mejor la carreta de mi historia
que un caballo fogoso que se cansa.

Que la perseverancia siempre alcanza
tarda, pero segura, la victoria.

EL BORRACHO Y LOS LICORES

Se tambaleó el Borracho
y levantó la pierna,
subió las cuatro gradas
y se entró de romplón a la taberna.

De beber pidió al punto
sentado en una mesa,
y el camarero trajo
botellas de champán, vino y cerveza.

Cuando las vio el peneque
barbolló lo siguiente:
—¡Hola! Mozo animal,
traedme de beber, pero aguardiente.

Los licores traídos
son buenos en verdad,
pues al fin emborrachan,
pero no con la ansiada brevedad.

Yo quiero bueno y puro
y no flojos licores,
que son como lo escrito
por algunos modernos escritores,

que con marcado eufemismo
y sentencias pomposas
ignoran que lo puro
tan sólo está en el fondo de las cosas.

EL SOL Y LA LAMPARA

Una gélida noche tenebrosa
blasonaba una Lámpara de Alcohol
de tener una luz más poderosa
que la de un astro, espléndido farol.

Mas, luego de expresión tan orgullosa,
apareció en el cielo un arrebol
anunciando la aurora más hermosa
precursora magnífica del Sol.

La luz artificial que allá en la noche
se miraba tan diáfana y tan clara,
quedó bien humillada cuando el broche
de Sol se desprendió con algazara.
Así, cuando el pedante hace derroche
de falsa ciencia ante la gente ignara,
viene después el Sabio,
que sin la presunción de la del cuento
y sin mucha retórica en el labio,
aplasta al fanfarrón con su talento.

EL AUTOMOVIL Y LA LOCOMOTORA

Una Locomotora
le dijo al Automóvil: Apostemos
que no llegamos a la misma hora
a cualquiera ciudad que señalemos.

Querida amiga mía,
—el Auto cortésmente le contesta—
no es tu velocidad como la mía.
Voy a ganar. Acepto tal apuesta.

Se ponen en camino.
Ciento veinte kilómetros por hora
hacía el Automóvil peregrino,
y treinta menos la Locomotora.

Transcurrido algún tiempo
de esa larga carrera interminable
sufrió el Auto un notable contratiempo
pues el camino estaba intransitable.

Y la Locomotora
echando negras bocanadas de humo,
sin encontrar obstáculos, devora
el camino de hierro que presumo.

El Automóvil dijo:
—Va mi competidora muy de prisa
y que la apuesta ha de ganar, colijo
porque sobre sus rieles se desliza.

La apuesta fue ganada
por la Locomotora de mi cuento
y después de la épica jornada
musitó el Automóvil:

El triunfo está en la mano
del que tiene un ideal bien definido
y no en las del humano
que hubiere su brújula perdido.

LA AGUJA Y EL DEDAL

¡Ingrato! —le decía
una Aguja a un Dedal,
cuando éste la empujó con energía
para coser dos partes de un pañal.
—¿No ves que me hace daño
tal dureza que obliga mi puntada?
—¿Por qué me tratas mal? ¿Por qué ese engaño
que me hace trabajar decepcionada?

El Dedal se sonrió (¡vaya que sí!)
y su contestación fue la siguiente:
—Aunque parezca duro e inconsecuente
si yo no lo hago así,
pasaría que tú al rasgar la tela,
por muy suave y muy quedo
que lo hicieras, al sastre sin escuela
le romperías sin querer el dedo.

El Dedal salva al dedo; y en la Vida
un Consejo ha salvado de un mal paso
a más de una Conciencia pervertida
que caminaba a ciegas al fracaso.

LA CASA Y EL LAGO

Dispuso un rico edificar su Casa
a las orillas del ruidoso mar,
pero al mirar el oleaje dijo:
la puede derribar.

En las verdosas márgenes de un río
la proyecta instalar,
pero dijo mirando la corriente:
la podría arrastrar.

Llegó hasta la ribera azul de un Lago
de un calmoso lugar
y al ver las quietas aguas estancadas
ordenó edificar.

El caudal de las aguas de ese Lago
la lluvia torrencial hizo aumentar
y los cimientos de la bella Casa
lograron socavar.

La prudencia aconseja desde entonces
para no fracasar:
en la vida también del agua mansa
se debe desconfiar.

LA NARANJA Y LA TORONJA

Platicando la Toronja
con una Naranja ayer,
se quejaba del desprecio
con que los hombres la ven.

Y al juzgar que por sus prendas
debería merecer
lo mismo que la Naranja,
le dijo lo que se ve:

—Soy redonda
y es tan blonda
mi corteza
que refleja
cierto brillo
amarillo
que tú no logras tener.

No me arrugo,
tengo jugo,
mis semillas
son sencillas
y no vanas,
dos hermanas
seremos al parecer.

Sonriéndose la Naranja
de tan clara estupidez
le contestó a la Toronja
lo que continúa al pie:

—Compañera,
yo quisiera
contestarte
sin probarte
que no debes
y no puedes
comparar nuestro papel.
Pues si somos
en los lomos
casi iguales,
nada vales
por tu agrura.
Mi ventura
es ser dulce como miel.

Como la dulce Naranja
la Crítica debe ser
y no como la Toronja
amarga como la hiel.

LA CAÑA Y EL COCO

Sobre sus cualidades
a diario hablaba
al Coco sazonado
la grácil Caña.

Llena de orgullo
pondera la excelencia
del dulce jugo.

Pero llegó el momento
que la cortaron
y salió del trapiche
soso bagazo.

Triste fortuna;
¡la tiraron a un lado
como basura!

El Coco estaba viéndola
y ella le dijo:
—¡Ya verá usted qué azúcar,
querido amigo!

—Yo no lo dudo,
(el Coco le responde)
tenías jugo—;

—pero tus cualidades
qué son, ahora,
que eres un vil desecho
peor que mi estopa.

Avergonzada,
no pudo replicarle
la exangüe Caña.

Fama, Honor, Hermosura,
Poder, Riquezas,
son jugos de la vida
que no es eterna.

¡Nada perdura
de todo nuestro orgullo
bajo la tumba!

LA MANZANA Y LA PIÑA

Una Manzana fresca y sonrosada
nacida en California, cierto día
encontróse en la amena compañía
de varias frutas de mi tierra amada.

¿Habrá usted visto compatriotas nuestras
en su tierra natal? (dijo la Piña).
—Por supuesto que sí, desde muy niña
conocí en el mercado varias muestras.

¿Y cuáles son allá más codiciadas?—
la Piña preguntóle.— Sin mentirle,
—respondió la Manzana— he de decirle
que entre todas allá más apreciadas,

las que prefieren siempre los magnates
y se disputan con extraño aprecio
pagándolas por cierto a muy buen precio. . .
Pues son. . . los delicados Aguacates.

Las frutas no se rieron por respeto
que se le debe a los exportadores,
pero la Piña, por salvar errores,
les dijo estas palabras en concreto:

La muestra de un artículo de venta
en una sola clase no se encierra,
ni se juzga a los hombres de una tierra
por el Ministro que la representa.

LA PATERNA Y EL COPINOL

Iriarte ya lo dijo en forma bella:
no hay que sacar a luz las obras malas.
Aunque esta Fabulilla no es aquélla,
dirá lo mismo con menores galas.

Si guardas en tu estuche pedrería,
debes tener un poco de cuidado,
—le dijo el Copinol con ironía
a la Paterna abierta de un costado.

No son joyas, que es algo de más precio,
(aquélla contestó de mal talante).
—Perdóneme vecina, soy un necio,
(mascullo el Copinol). Oiga un instante,

(le dijo la Paterna en son de guerra)
me podría decir, ya que es tan listo,
¿qué fruta delicada es la que encierra
en su hermético vientre nunca visto?

—Yo bien sé lo que guardo (aquél responde)
y como es defectuosa su comida
con gran cuidado en mi interior se esconde.
Pero tú, pobre vaina presumida,

¿Por qué no escondes bien tanta semilla,
cuando apenas las cubre un mal pellejo?
Ocultar el talento que no brilla,
mi querido lector, es buen consejo.

LOS COYOLES

Entre saites y duras escamas
de un Coyol arrogante y ceñudo
se veía en las ásperas ramas
un racimo de frutas en nudo.

¡Qué presencia la de ese racimo,
y qué buenos serán los Coyoles!
Por comer esa fruta me animo
a subir a los propios árboles.

Esto dijo un Marino extranjero
a un Nativo, que habló de esta suerte:
—No lo intentes, jamás, majadero,
que podría costarte la muerte.

Oh, Lector: ya se llega el momento,
te aconsejo mandar al infierno
(porque son los Coyoles del cuento)
tantos versos de corte moderno.

EL CARAO Y LA CAÑAFISTULA

—Aunque los dos nos parecemos algo
en el color, la forma y los anillos,
tú vales más que yo, que nada valgo
en la opinión de todos los chiquillos
que me desprecian y se van contigo,
(dijo la Cañafístula doliente
al Carao, su grande y buen amigo
que era el vecino que tenía enfrente).

—Tal cosa no te apene, amiga mía,
(le contestó el Carao cortésmente)
puesto que a ti te busca con porfía
cierta clase de gente.
Yo soy una ordinaria golosina
para ciertos rapaces capeadores,
y tú eres notable medicina
y te aprecian la ciencia y los doctores.

Aquélla respondió: Querido amigo,
tienes razón hasta de estar celoso;
olvidaba que el vulgo es enemigo
de aquello que es más útil que sabroso.

¡Cuántos libros, Caraos llamativos,
populares al final se han hecho,
y a cuántos libros buenos, instructivos,
nunca les saca el público provecho!

Siempre lo inútil agasaja el necio
y trata lo que es útil con desprecio.

LAS UVAS Y EL IGNORANTE

Un fresco gajo de Uvas fue guardado
por un ignorantón que suponía
que la bondad del tiempo se lo haría
más exquisito que recién cortado.

Días después que fue desenterrado
se trocó en desconsuelo su alegría
pues en sus manos rústicas tenía
sólo un gajo de Pasas mal prensado.

No ha vuelto a hacer el hombre tales fiestas;
hoy gusta de comer las uvas frescas,
porque ese chasco le enseñó de sobra
lo que en literatura aconsejara:
No hay que esperar para aplaudir una obra
que su autor tenga arrugas en la cara.

EL CAIMITO

El dulce Caimito
tenía el deseo
de bajar a tierra
un día de aquellos.

El proyecto dicho
lo supo su abuelo
y al fin lo convence
de que no hiciera eso.

—Bajar es muy fácil
(dice el consejero)
con sólo soltarse
y caer al suelo.

¿Pero la subida?
Toma mis consejos
que el que no los toma
no muere de viejo.

Desde las alturas
se baja al potrero
pero los de abajo
no suben al cielo.

También hay peligro
allá abajo, Nieto,
que allí merodean
muchos caimiteros.

El Caimito dijo:
—No bajar prometo.
(Pero no lo cumple
pues lo hace por cierto).

Sería prudente
que poetas modernos
no escribiesen prosa
sino sólo versos.

¡Aun mejor sería
que prosistas necios
nunca se atrevieran
a escribir en verso!

EL CAIMITO

El dulce Caimito
tenía el deseo
de bajar a tierra
un día de aquellos.

El proyecto dicho
lo supo su abuelo
y al fin lo convence
de que no hiciera eso.

—Bajar es muy fácil
(dice el consejero)
con sólo soltarse
y caer al suelo.

¿Pero la subida?
Toma mis consejos
que el que no los toma
no muere de viejo.

Desde las alturas
se baja al potrero
pero los de abajo
no suben al cielo.

También hay peligro
allá abajo, Nieto,
que allí merodean
muchos caimiteros.

El Caimito dijo:
—No bajar prometo.
(Pero no lo cumple
pues lo hace por cierto).

Sería prudente
que poetas modernos
no escribiesen prosa
sino sólo versos.

¡Aun mejor sería
que prosistas necios
nunca se atrevieran
a escribir en verso!

LA PERA Y EL COCO

Dijo la Pera al Coco:
¡Linda persona!,
pero mejor serías
sin tanta estopa.(*)

Lo mismo digo
siempre que leo versos
llenos de ripios.

(*) Llámase así en El Salvador al mesocarpo espeso y fibroso que recubre el hueso leñoso del Coco.

EL NANCE Y EL ICACO

Era un chamaco
que tiró al suelo
un hermosísimo Icaco
que fue su anhelo.

Cayó la fruta
cerca de un Nance
que fue siempre sin disputa
de gran alcance.

Este le dice:
—¿Qué te ha pasado?
Ya sabes que te quise
por desgraciado.

Dijo el Icaco:
—Calla, amiguito,
me despreció el bellaco
porque está ahito.

Y es maravilla
que tal hiciere
pues por cierto es mi semilla
la que prefiere.

Y dijo el Nance
viendo al herido:
—Está claro este percance
¡si estás podrido!

Y contemplando
casos iguales,
hay mil novelas rodando
por inmorales.

Los escritores
deben ser sanos
y todos tendrán sus libros
entre las manos.

LA PAPAYA Y LA ACEITUNA

Una sola Papaya, por cierto muy hermosa,
fue el fruto de un papayo que crecía en el huerto
al lado de un frondoso Aceituno cubierto
de su abundante fruta, útil como sabrosa.

La Papaya unigénita, así burlonamente
desde su campanario bisbiseó con descoco:
—Lo que abunda es señal de que vale muy poco.
Contestó una Aceituna muy sosegadamente:

—Tal vez no valga mucho, pero sé que soy útil
puesto que tengo aceite en mi propia semilla
que buscan con aprecio; lo que me maravilla
es que seas escasa, siendo a la vez, inútil.

¡Qué lección más notable, qué lección tan sencilla
para aquellos estúpidos que hacen el cargo fútil
de que lo bueno es poco!

Que si el mentado poco carece de sustancia
pues vale tanto como lo malo en abundancia.

EL AYOTE Y EL LABRIEGO

En un recodo de la vega ardiente
perdido en los bejucos de la guía
un tierno Ayote quejumbrosamente
de este modo decía:
—Medrar en este sitio arrinconado
besando siempre el suelo, es un tormento,
quisiera haber nacido colocado
en la copa de un árbol corpulento.

Un Labriego que oyó tales congojas
sembró una estaca de especial grosura,
paró la guía y enredó sus hojas
formando un árbol de mediana altura.

El tierno Ayote palmoteó gozoso
y le dijo al Labriego alegremente:
—Estando arriba, como soy sabroso,
seré más apreciado por la gente.

Todo muy bien marchaba; pero un día,
ya más voluminoso y más pesado
se desprendió el Ayote de la guía,
cayendo el infeliz despedazado.

Como viese el Labriego tal fracaso
borbolló esta sentencia de consuelo:
—La culpa es mía, porque le hice caso,
¡no todos suben del nivel del suelo!

Si el que subir donde no puede intenta,
al llegarse a caer, pues se revienta.

LAS AVELLANAS Y EL MANGO

Entre platos y finas palanganas,
después de hablar de varias nimiedades,
dieron en ensalzar las Avellanas
sus altas y diversas cualidades.

La más entusiasmada así decía:
—A nosotras nos quieren por doquiera,
nos colocan en conchas de valía
y nos conocen en la tierra entera.

—No nos revuelven con las otras frutas.
—Y siempre (otra decía) nos prefieren
porque somos redondas, diminutas.
(Y otra) —Con cuchillos no nos hieren
sino con delicadas tenacillas.

—Somos buenas.
—Y extrañas.
—Y sabrosas.
—Todos nos juzgan como maravillas
y nos miran con ansias regolosas.

—Y el que las rompa quedará chasqueado
porque muchas de ustedes están huecas,
(un Mango les gritó, casi enojado
de aquella necedad de las babiecas).

Siempre acostumbran los del mismo oficio
alabar cualidades que no vemos,
y cuando los ponemos al servicio
¡tan sólo algunos cuantos son los buenos!

LA LIMA Y EL LIMON

El Limón a la Lima le decía:
—Los dos nos parecemos; pero el hombre
dice que sólo existe analogía
en el nombre.

¡Oh Poeta!: Leí tus producciones
que humildemente has titulado Rimas.
Entre ellas encontré sólo Limones,
mas no Limas.

EL CAPULIN Y EL MURCIELAGO

—¡Qué suerte más infame
la que me ha dado el cielo!
—Un Capulín decía
entre los finos dientes de un Murciélago.

Este, que era ladino,
le replicó diciendo:
—¿Y qué tal es la mía
cuando de Capulines me alimento?

Pero alguien que sabía
que nadie está contento,
les dijo lo siguiente:
—Las partes siempre están en desacuerdo.

Nuestra felicidad
estriba, según creo,
en que los acreedores y deudores
nos pongamos de acuerdo.

LA PATERNA, LA SANDIA Y EL SUNZAPOTE

—Siempre es el hombre bastante injusto
(una Sandía dijo gimiendo)
pues al comerme va repitiendo
que mis entrañas tienen más gusto.
Y yo declaro que eso no es justo,
pues mi corteza también es buena.
El hombre es malo, mucho me apena
que a varias frutas nos desentrañe,
yo le diría que no se engañe
pues es muy bueno lo que condena.

—No estoy de acuerdo con tu sentencia
(un Sunzapote le replicó)
pues justamente quisiera yo
que me comiesen de preferencia
los interiores de mi conciencia.

Rió la Paterna desde el canasto
de la frutera, diciendo: ¡Basto!
¿Encontrarías gente sencilla
que se comiese tu mal semilla
que no ha servido ni para pasto?

Nunca perdonan ciertos autores
que los critiquen bastante hondo
porque se juzgan de poco fondo.
Y éstos por cierto son los mejores
quizás, de todos los escritores.
Pero hay algunos, que sin más dotes
de literatos que hacer palotes,
críticas quieren, sabias, formales,
sobre sus obras. . . Y son los tales
puras semillas de Sunzapotes.

LA PERA Y EL MANGO

Nunca hay que usar palabras
de un idioma extranjero
porque el lenguaje propio
tiene un hermoso y abundante léxico.

Entre todas las frutas
a la Anona prefiero,
(le decía la Pera
al malicioso Mango lugareño).

—¿Por qué, mi buena amiga,
la distingue tu aprecio?
¿Será porque es muy blanco
el interior carnoso de pecho?

—Será... Es porque tiene
semillas de gran precio
entre sus suaves carnes
(interrumpió la Pera al compañero).

¡Qué gusto!, dijo el Mango,
(y a solas): —Voy cayendo
por qué mi compañera
aprecia tan incómodo defecto.

Y es porque ella no tiene
pepitas en el cuerpo
y juzga, que entre frutas,
es la semilla lo de más provecho.

¿Pero de qué me extraño
cuando hay escritorzuelos
que aplauden ciertas obras
tan llenas de vocablos extranjeros?

LA MANZANILLA Y EL ENFERMO

Un Médico en el lecho de un enfermo
—que es como para el náufrago la orilla—
recetó (yo no sé si para el muermo)
que tomara poción de Manzanilla.

El Enfermo al dictamen no se inclina
contestándole así de mala gana:
—Si es menester que ingiera medicina
¿qué más da Manzanilla que Manzana?

El Médico le dijo sin cautela:
—¿No quiere usted contarse entre los vivos?
Mi querido Lector: Es mala escuela
la de aquellos estúpidos que dicen:
—¿Qué más da que yo lea una novela
que los libros de ciencias instructivos?

EL CHILE, LA PIÑA Y EL MANGO

—A mí sólo me prueban, y he notado
que a otras frutas las comen por entero
(dijo un Chile con aire plañidero).

—Eso te probará que vales mucho
pues te catan con pausa y con cuidado
como tratan a un fruto delicado
(le contestó un Melón, su compañero).

—¡Qué va! (dijo la Piña) ¿Quién aguanta
comerse un Chile entero, si un pedazo
algunas veces ha picado el bazo
y quema la garganta?

(El Chile replicó): —Sí, yo no niego
que tengo mis defectos
y por eso les ruego
que me den un consejo o medicina
que aplaque mis efectos.

(Dijo el Mango): —Está bien, serás oído.
Desde hoy en adelante
serás menos picante
siempre que te comiesen bien molido.

Si un Gobierno es un Chile, ¿quién se atreve
criticar muy a fondo sus deslices,
si lo hacen picadillo si se mueve
y le enchilan la boca y las narices?

¡No importa! Que la prensa continúe
su delicado y escabroso curso
y pregone este último recurso:
Cuando un Chile es picante, se le muele,
y si un Gobierno es malo, se derroca.

Y si a alguno mi fábula le toca,
si se llega a quejar, es que le duele.

LA JICAMA Y EL RABANO

—Aunque vivo en medio de húmeda tierra
soy blanca y muy limpia (la Jícama dijo).
Le contesta el Rábano: No fueras de fijo
tan blanca si cuando se te desentierra
vinieras sin cáscara que bien te resguarda.
Yo no tengo capa, cáscara ni escudo,
vivo entre la tierra y nada me guarda,
sin embargo todos me comen desnudo.

En literatura, la cáscara es fama
que ampara las obras de malos autores
que el vulgo ignorante venera y aclama.
¿No son puras Jícamas esos escritores?

LOS SANATES Y LAS NARANJAS

Las Naranjas del huerto maduraron
y las pintan de verde para engaño
de los Sanates, que en el último año
fueron contadas diez las que dejaron.

Los Sanates se extrañan con quebranto
que no cambie el color de su alimento,
que si otras veces madurara lento,
jamás se había demorado tanto.

Aunque aquella pintura era maestra
picotearon la cáscara del fruto,
y hallándolas maduras, al minuto
no dejaron ninguna para muestra.

Estando verdes, al siguiente año,
de color amarillo las pintaron
y al llegar los Sanates picotearon
la cáscara, sufriendo duro engaño.

A la tercer cosecha regresaron
y al verlas de color amarillento
dijeron —están verdes— al momento,
temieron otro chasco y se marcharon.

Los inconstantes que al primer fracaso
eluden esos múltiples combates
que la vida presenta a cada paso,
no dejarán de ser simples Sanates.

EL GUINEO Y LOS DATILES

De los prensados Dátiles
dijo un Guineo:
—Tienen buena presencia,
pero están secos.

Así hay discursos
que, aunque corren impresos
no tienen jugo.

EL MANGO

—El Mango es una fruta
que por su rica semilla
la he juzgado sin disputa
la décima maravilla,
—dijo una bella chiquilla.

Su padre estaba delante
y dijo de mal talante:
—Esa semilla es inútil.
Solamente lo que es útil
debes alabar bastante.

LA FRESA Y EL BANANO

Tengamos mucha prudencia
en no dar la preferencia
a literatura extraña;
y apreciemos, sí, la nuestra
que si acaso no es maestra
se estimula y no se daña.

—¿Para dónde vas, hermano?,
en Acajutla al Banano
preguntó la dulce Fresa.

—Voy a cualquier otra parte
en donde pueda contarte
que encontré una buena mesa.

—¿Vas a buscar un mercado?
¿Acaso por este lado
te están tratando muy mal?

—No. Me juzgan excelente,
cual te estima a ti la gente
allá en tu tierra natal.

Pero allá seré estimado
y será mejor catado
lo bueno que en mí se encierra.

Dijo la Fresa al Banano:
—Allá triunfarás, hermano.
Nadie es profeta en su tierra.

EL DURAZNO Y LA PAPA

¡Qué terso y delicado es el Durazno!
Bien merece una Fábula.
Voy a tratar de hacerla ahora mismo
en dos o tres plumadas.

Erase uno maduro y sonrosado
que pendía en su rama,
y al cual le dijo con notoria burla
una pícara Papa:

—Oiga usted, señorito perfumado,
¿entre todas sus gracias
tiene, por suerte, alguna de más precio
que el color de su cara?

¿Preguntaré lo mismo al literato
cuando enseña y declara
que se debe atender de preferencia
la forma literaria?

¡Qué excelente consejo es el que quiso
significar la Papa!
Si carecen de fondo los escritos
¿de qué sirven las galas?

EL COCO Y LA SANDIA

—Yo soy muy apreciada por el hombre
y tengo un alto y singular renombre
que no es ahora para que lo nombre.

Dijo con voz envanecida y clara
una Sandía impertinente para
que su vecino, el Coco, la escuchara.

—Al hombre (saltó el Coco) lo sustento
pues le doy agua, cuando está sediento,
y cuando tiene hambre, lo alimento.

Pero tú que eres bofa y que a tu amigo
sólo le das el agua de tu ombligo
¿podrás decir lo mismo que yo digo?

Humillada quedóse la Sandía
porque bien se conoce y comprendía
que a los Cocos jamás igualaría.

Pero se consoló bonitamente
viendo cómo se aprecia entre la gente
cualquier libro de versos decadente.

LA ANONA Y LA PERA

A la Anona la Pera le decía:
—Usted que es buena fruta
sería sin disputa
quizás más apreciada todavía. . .

—¿Y cómo así? (le interrumpió serena
la Anona, su vecina).
Y aquella termina:
—. . .si de semillas no estuviera llena.

La Anona se enfurece y le responde:
—Tú eres más hermosa
y también más carnosa
pero sosez en tu interior se esconde.

Hay dos clases de libros circunspectos:
las retóricas peras
de pulidas maneras,
y las anonas con sus mil defectos.

LAS CASIMIROAS Y LOS MUCHACHOS

Dos muchachos no fueron a la escuela
por ir a comer Mangos,
y buscando los tales se metieron
al huerto más cercano.

Allí encuentran mil Frutas diferentes
de gusto delicado,
mas no hallaban por cuáles decidirse
ni con mucho pensarlo.

Por fin dijo uno de ellos: —me decido
por mis antiguos mangos.
Pero el otro eligió Casimiroas
que estaban a la mano.

Un calor excesivo, insoportable
hacía en esa hora,
y el que comió Casimiroas, luego
se le cierran los párpados.

¡Por supuesto! Tal fruta es un narcótico
de efectos pronunciados,
la cual, si se le come en demasía
da sueño al poco rato.

Su compañero que ignoraba esto,
lo creyó envenenado;
al ver los desperdicios de la fruta
exclamó sollozando:

¡Oh!, fruta venenosa que mataste
al compañero amado,
desde hoy en adelante mis amigos
te dirán MATASANO.

Que tan sólo un defecto, aunque pequeño,
a veces ha engendrado
aquella mala fama que perdura
a través de los años.

EL JOCOTE

Dijo el Jocote a la Pera:
Siempre luzco por de fuera
un color tan delicado
que hasta quien no me comiera
diría soy buen bocado.

Pero uno que no era zote,
dijo para su capote:
al mirarlo engusanado:
¡Hay mucho libro empastado
que no vale ni un Jocote!

LAS FRUTAS EN ASAMBLEA

Se formó una Asamblea
de las frutas del globo, y ese día
surgió una gran idea:
declarar su completa autonomía.

—Jamás hemos tenido esa ocurrencia,
(decía don Ayote);
que se haga ley y que la concurrencia
sin dilación la vote.

El Pepino, el Melón y el Matasano
la escriben al momento,
y la opinión del Pueblo Soberano
le da su asentimiento.

—Hemos hecho algo bueno y meritorio...
(decía el Aguacate
que tenía entre aquel docto auditorio
amplia fama de vate).

—...y ahora esperemos que el fructífero
ideal de los ideales
alumbre con su lampo luminífero
nuestros provectos males.

El areópago en blanco se quedó
de aquel exordio extraño,
hasta que el Mango lugareño habló
desde su humilde escaño:

—Yo no entiendo esos brotes
que no tienen visible la pepita,
porque nunca he encumbrado papalotes
dándoles mucha pita.

Que esta docta Asamblea
me diga, por favor, sin mucho ruido,
cuál bienhechora idea
he de adoptar para no ser comido.

—Ese es el quid (la Berenjena dijo),
mas si el tiempo gastamos,
en discutir y no en actuar, de fijo
que a nuestro fin volamos.

Hay muy bellas teorías
pero este cuento una verdad encierra:
hay cosas imposibles en la tierra
llamadas Utopías.

EL TULIPAN

No elevan medio palmo al majadero
ni títulos, ni nombre, ni dinero.

El petulante Tulipán un día
de este modo decía:
—Valgo yo tanto, que mi nombre grita
soy tul y pan.
—Y dime, majadero,
(le preguntó un discreto jardinero)
¿qué otra gracia por cierto te acredita?
En el nombre has cifrado ese desprecio
con que humillas las flores más preciadas,
como lo da a entender con sus miradas
cualquier pedante pedagogo necio.

Es la verdad del caso, y no es misterio
que necesite inútiles afanes,
que en nuestro docto y digno Magisterio
abundan petulantes Tulipanes.

LA VIOLETA Y LA AZUCENA

Dialogaba la mística Azucena
con la casta Violeta pudorosa
sobre el honor de la mundana Rosa
que de impudor en el festín se llena.

Después de queda plática amistosa
concluyeron las dos, con mucha pena,
que la vida que lleva no es muy buena
por el diario peligro que la acosa.

Una voz impregnada de dulzura
resonando en los ámbitos silentes
de la Nave en que oraban los creyentes
interrumpió de pronto esa censura;
y un atento Ratón dijo entre dientes:
También entre las flores se murmura.

LA MAGNOLIA Y LA ROSA

La Rosa centifolia
le dijo a la Magnolia:
—Admiro, amiga mía, la frescura
de tus hermosos pétalos de armiño
que tienen la hierática frescura
de las mejillas sin rival de un niño.

—Adoro la fragancia
que satura la estancia
donde tímidamente te deshojas
ante el larario de cristal de un Santo,
pero al mirar tus ordinarias hojas,
es la pura verdad, me desencanto.

Ante tanto derroche
de imprudente reproche
la opulenta Magnolia dijo airosa:
—Mis hojas y mis ramas no son finas
pero acaso te olvidas, bella Rosa,
que es peor defecto el de tener espinas.

Y ahora yo digo,
discretísimo amigo:
—La perfección del hombre es imposible;
y si tenéis errores,
¿por qué no convenir en que es posible
que defectos también tengan las flores?

POESIAS

PROEMIO

Al Lector Poeta:

Tú que sabes del dolor de hacer versos;
de rebeldías de temas cautivos
y merecidos enconos perversos
contra aquellos consonantes esquivos.

Tú que aprisionas los ritmos dispersos
en el dolor de tus días festivos,
que sabes de los insomnios adversos
y el dolor de los puntos suspensivos. . .

Tú que albergas un volcán en tu pecho
y paladeas tus lágrimas de oro;
que deseas convertirte en el lecho
de un manso río de ensueño canoro:
tú que jamás estarás satisfecho,
sé bueno con este Libro insonoro.

EL CARNAVAL DE TU SONRISA

El carnaval de tu sonrisa es como
sonrisa de confeti policromo,
y tu mirada verde-gris de plomo
tiene fijeza de una faz de cromo.

Tal mirada, de lago inexpresivo
en el fondo de un cráter pensativo,
contrasta con el rojo y llamativo
cascabelear de tu reír festivo.

Por sustraerme a tus ultrafelinas
miradas, voy a hundir en tus retinas
dos finísimas dagas florentinas.

Y si tu hiperestesia me provoca
beberé en la bohemia de tu boca
ese licor de tu sonrisa loca.

VARGAS VILA

Malabarista de la frase ambigua
y escultor de la Verdad desnuda,
cubre la fe de la razón antigua
con los sutiles lienzos de la duda.

Dominador de muchedumbres raras
amargo, cruel, o estilista mágico,
pinta el dolor en sus diversas caras
y las perfila con su gesto trágico.

Vitrola en los tumultos del misterio
su ritmo es amplio y tempestuoso y fuerte
de musicalidad desconocida. . .

Liróforo Ciprés de un cementerio
canta las epopeyas de la Muerte
sobre el gran cenotafio de la Vida.

LAGRIMAS DE DUDA

Es incertidumbre
la vida del hombre,
no sabe si la tierra de este nombre
es abismo o cumbre.

Duda si llegamos,
duda de seguir...
¡Solamente no duda que lloramos
de tanto sufrir!

Nacemos, morimos,
sin saber por qué,
Solamente sabemos que vivimos
perdiendo la fe.

¿Venimos de allí,
vamos para allá?...
Entonces, si el reposo no está aquí
¿en dónde estará?

¿Para qué nacimos?...
¿Morimos por qué?...
No sabemos ni aun el para qué
ni por qué vivimos.

¿Venimos de dónde?
¿Para dónde vamos?
No sabemos, Señor, ni dónde estamos...
la verdad se esconde.

¿Qué fue lo que fuimos?
¿Y el qué seremos?
¡Oh, ignorancia, Señor!, nada sabemos,
sólo que vivimos.

¿Qué somos ahora?
Una triste célula,
que fue, es y será, átomo que llora...
polvo de libélula...

ES EL PAVOR QUE VIENE...

Flotan extravagancias de modernas ideas
en el imperio azul de nuestro hermano cielo,
con interrogaciones —humo de chimeneas—.

Perfidia, maña y fuerza es la actual trilogía
desparramada sobre el angustioso suelo
para saber hallar el pan de cada día.

Continuado fragor de descarrilamiento
con tumulto de almas y prácticas malvadas
que espantan a la vida con su estremecimiento.

Se lamentan los mares, la atmósfera y la tierra
en la lucha con las inexorables hadas
que fustigan dolores con su mazo de guerra.

—¿Quién es aquel que cruza la muralla infinita?
—Es el Pavor que viene a la Tierra maldita...

HAY UNA PIEDRA

Hay una piedra muy temida
que ha colocado el cruel destino
en la congoja del camino
interminable de la Vida.

Está pendiente, sostenida
por un alambre de oro fino
sobre el cansado peregrino
que va por la senda temida.

El caminante se santigua
y se encomienda a su suerte
para probar si se amortigua
aquel golpe que no se advierte.
Aquella piedra tan antigua
es la gran piedra de la Muerte...

LAS TRES PUERTAS

Ante las turbas de infernal bullicio
llamé a las puertas del Placer un día
y me espanté de ver que las abría
un Angel con la máscara del vicio.

Me alejé de ese lúbrico edificio
y llamé al del Dolor. Pálida y fría
me recibió la cándida Ironía
que engendra todo inútil sacrificio.

Entonces, gemebundo y vacilante,
llamé a las puertas del Amor; y una
intensa y pura claridad de luna
argentó mi semblante
con aquella sencilla y penetrante
ingenuidad que me arrulló en la cuna.

ALMA DE LA CONGOJA...

Alma de la Congoja,
¿de dónde vienes con el gesto incierto
como el dolor de la convulsa hoja
que arrastra el huracán hasta el desierto?

Alma de la Congoja,
¿por qué sigues lugar tan desolado
y luego se te antoja
buscar asilo en mi feliz techado?

¿Por qué vienes, temblante y fugitiva,
hasta las puertas de mi edén sonoro?
¿Acaso te cautiva
la soledad de mis ensueños de oro?

¿Por qué miran tus ojos con espanto
el fondo de mi alma
y rompen los diamantes de tu llanto
el cristal armonioso de la Calma?

Alma de la Congoja,
¿por qué sigues lugar tan desolado
y luego se te antoja
buscar asilo en mi feliz techado?

Alma de la Congoja, ¡oye! Los canes,
aúllan en el vientre de la noche
y se sienten afanes
de los silencios como en un reproche.

¿No ves que pavorosa está la sombra
que proyecta el pasado y el futuro?
Me parece una alfombra
de un extraño y anónimo conjuro.

Alma de la Congoja, insomne y pálida,
¿por qué en la noche larga
siempre brilla la luz mortuoria y cálida
de una lágrima amarga?

Alma de la Congoja, muda y trágica,
tu gesto de dolor estatuizado
hace callar la sonatina mágica
de mi Pájaro amado.

Alma de la Congoja y de la Idea,
tu dolor me contagia, ¿qué me has hecho?
La desesperación atenacea
las carnes de mi pecho.

¿Por qué he sentido un nudo en la garganta
desde que se fue el Sueño
y la Melancolía se agiganta
sobre el llano palustre del Ensueño?

Alma de la Congoja y de la Vida,
¿por qué buscas asilo en mi morada
y desagradecida
me inyectas el dolor de tu mirada?

Siento frío en el alma y un ligero
dolor sobre mis úlceras cautivas...
Vete de aquí... Adiós... Pero antes quiero
que me enjugues dos lágrimas furtivas.

Alma de la Congoja, ya en mi alma
se escuchan los bramidos de las olas...
Ya te posesionaste de mi calma,
estoy llorando a solas...

Alma de la Congoja,
¿a qué has venido a mi morada, dime?

PALIDECES DE FAUSTO

En la calle de Powell. Muchas piedras preciosas
bellas pieles de nutria, fru fru de tafetanes,
orquídeas apenadas y fragancias de rosas.

Limousines magníficos, choferes galoneados,
lacayos serenísimos de parcos ademanes,
caballeros de frac, falderos perfumados.

Vitrinas espaciosas de lencería cara,
pirámides de joyas —lágrimas y afanes—
maniquíes con trajes de confección muy rara.

Entre aquel ruido de oro, paseando por la calle
una mujer sonríe a todos los galanes
mostrándoles las gracias de su elegante talle.

—¿Quién es esa mujer de sonora realeza?
—Es la Pasión del Lujo que vende su belleza...

APENDICE

F R U T A S

NOMBRE CIENTIFICO Y DEMAS GENERALES

Albérchigo.—Variedad del Melocotón; en algunas localidades se le da este nombre al Albaricoque.

Aceituna.—Fruto del Olivo cuyo mesocarpo contiene aceite.

Anona.—Fruto de la Anona L., de la familia de las Anonáceas, tribu de las xilopeas.

Aguacate.—Fruto de color verde del tamaño de una pera, de pulpa verde. Pertenece a la familia de las Lauráceas. (En Cuba y México le llaman Palto y Palta, respectivamente). Nombre científico, Persea gratíssima.

Ayote.—Calabaza. En El Salvador y Costa Rica le dan este nombre a la Cucurbita pepo. Del Mexicano ayotli. Pertenece a la familia de las Cucurbitáceas y es originario de las Indias. Fruto redondo.

Avellana.—Fruto del Avellano. Pertenece al género Corylus L., de la familia de las Castanáceas, está recubierto por una cúpula doble más grande que él, soldado hasta la punta.

Banano.—Nombre vulgar que se da a las especies del género Musa L. Más conocido con el nombre de Plátano.

Capulín.—O Capuli; con este nombre se designa en el Perú las especies Physales Pubescens L., y Nicaragua Physaloides Garn de la familia de las Solanáceas.

Caña.—Caña de azúcar. Nombre vulgar de la especie Saccharum Offinarum L., de la familia de las Gramíneas.

Cañafístula.—Fruto de la Casia Fístula L., de la familia de las Leguminaceas. Arbol oriundo de la India y Africa, sub-espontáneo en Egipto y cultivado en algunas partes de la América.

Carao.—Nombre vulgar que se da en Costa Rica y en El Salvador a la especie Cassia Grandís de la familia de las Leguminosas.

Coco.—Coccus, cocos o cóceos L.; género de las plantas de la familia de las Palmáceas, tribu de las Cocóceas. Es el fruto del llamado vulgarmente Cocotero, que es el Coccus Nucífera.

Coyol.—Del Nahuat, Coyolli, cascabel. Nombre vulgar en la América Central. De la palmera Acrocomia Vinífera Orts., familia de las Palmáceas, tribu de las Cocóceas.

Chile.—Nombre dado al Ají o Pimiento.

Dátil.—Fruto de la palmera datilera llamada científicamente Phoenix Dactilífera, de la sub-familia de las corifina, tribu de las Feníceas.

Durazno.—Fruto del Duraznero. Arbol variedad del Melocotonero.

Fresa.—Nombre vulgar del género Fragaria, cuya especie más importante es la Fragaria Vesca. En el Paraguay la llaman Capulie.

Guanaba.—En toda la América se le conoce por Guanábana y es la fruta del Guanábano, variedad del Chirimoyo.

Granada.—Fruto del Granado, al que los romanos llamaban Apirino. Es la clase mejor. Constituye la especie Punica Granatum de la familia Punicáceas o Granatáceas.

Icaco.—Nombre vulgar de la especie Crysobalanus Icaco, correspondiente al género Crisobalano. Este fruto es una drupa que se conoce más generalmente con el nombre de Ciruela de los Andes o Ciruela de la América.

Jícama.—Nombre vulgar de la tribu Papilonácea, familia de las Leguminosas del género Stenolabiun. Este fruto es legumbre polisperma bivalva de la J. Camarano o sea la Stenolabiun coeruleum.

Lima.—Especie del limón dulce. Fruto del Limero, y es el nombre vulgar de la especie Citrus, familia Auranciáceas.

Limón.—Fruto del limonero. Especie Citrus Limonium Risso, género Citrus, familia Auranciáceas. Es de pulpa abundante llena de jugo ácido.

Matasano.—En Centro y Sur América se le conoce con este nombre. Es la Casimiroa, de la familia de las Rutáceas, tribu de las Amirídeas. Tiene acción narcótica. Nombre científico, Casimiroa Sapota, Oerst.

Manzana.—Fruto del manzano de la familia de las Rosáceas, es el Pyrus Malus. En Costa Rica la llaman Manzana Pera.

Manzanilla.—La Matricaria Chamomilla o manzanilla común. En Valparaíso, manzanilla del campo y en Cuba, Manzanilla de la tierra. Es la Manzanilla hedionda o fétida o loca.

Manzana Rosa.—(Eugenia jambos). De la familia de las Mirtáceas, propias de los lugares fríos de Honduras.

Mango.—Magnífera Indica, de la familia de las Anacardáceas, tribu de las Magníferas.

Maíz.—Planta de la familia de las Gramíneas. Es indígena de América. En Argentina se le llama maiz en lugar de Maíz.

Melón.—Fruto del Melón o Melonera, planta anual de la familia de las Cucurbitáceas, Cucumis Melo.

Nance.—Fruto carnoso, pequeño, conocido con el nombre de Nancillo.

Olivo.—Este árbol es el llamado por los botánicos Olea Europea L.; de la familia de las Oleáceas. Su fruto es el Aceituno o Aceituna. En Filipinas dan este nombre a una planta diferente.

Pepino.—Fruto de esta planta (Cucumis pepo), de la familia de las Cucurbitáceas.

Plátano.—Fruto del Plátano o Banano, pertenece a la familia de las Platanáceas.

Pasas.—Uvas secas.

Piña.—Piña de América: Ananá, de la familia de las Bromeláceas.

Papa.—Nombre vulgar de la Patata, de la familia de las Solanáceas, tribu de las Soloneas y es conocida por los botánicos bajo la denominación sistemática de Solanum Tuberosum.

Papaya.—Nombre vulgar de la Cárica Papaya, fruto del papayero o Cárica que pertenece al género de las Sinantereas, serie de las Astereas, subserie de las Heteropapeas.

Peras.—Fruto del peral. Género de plantas Pyrus, pertenece a la familia de las Rosáceas, tribu de las Pomáceas.

Rábano.—Raíz del Rábano, género de plantas (Rphanus) perteneciente a la familia de las Cricíferas, tribu de las Rafaneas.

Sandía.—Fruto de la Sandía, familia de las Cucurbitáceas y es conocida científicamente con el nombre de Cucumis Citrullus.

Toronja.—Fruto del Toronjo y las Cidras congéneres del Naranjo.

Uva.—Fruto de la Vid, de las plantas de las Ampelidáceas.

Esta edición consta de 10,000 ejemplares. Se terminó de imprimir el 4 de enero de 1977, en los Talleres de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, El Salvador, Centro América.


DE NUESTRO CATALOGO:

Las FABULAS de León Sigüenza (1895-1942) han logrado penetrar en el espíritu moralizador que caracteriza a ese género literario. Llega tanto a aspectos públicos como a preocupaciones íntimas. Sencillo y ameno y no por ello menos profundo.



FABULAS LEON SIGÜENZA

FABULAS

LEON SIGÜENZA

